

Prefacio

Conocí a Oprah Winfrey en 1981, en Baltimore, mientras hacía una gira de promoción de mi libro, y ella era copresentadora del programa matinal de WJZ, *People Are Talking*, con Richard Sher. Nos reunimos antes de que empezara el programa y, según recuerdo, fue Richard quien más habló, mientras Oprah parecía un tanto distante, una actitud que no comprendí hasta más tarde. Richard me entrevistó y luego nos reunimos con Oprah en el estudio, felicitándonos por nuestra animada conversación. Oprah cabeceó con desagrado. «No apruebo esa clase de libros —dijo—. Tengo familiares sobre los que has escrito un libro y no les gustó en absoluto.»

Miré al productor y le pregunté de qué diablos estaba hablando. Comprendía qué quería decir con «esa clase de libros» —una biografía no autorizada, escrita sin la cooperación o el control del sujeto—, pero estaba perpleja por su referencia a que yo había escrito un libro sobre sus parientes. La única biografía que yo había escrito hasta entonces era la de Jacqueline Kennedy Onassis (*Jackie Oh!*) y mi investigación no había sacado a la luz a ningún pariente Winfrey en el árbol genealógico.

El productor parecía algo incómodo. «Bueno... Oprah tiene una relación muy estrecha con María Shriver; además, siente un gran respeto por los Kennedy... Supongo que se considera parte de la familia en cierto sentido y... sabe que tu libro les disgustó, porque era tan revelador... Bueno, por eso decidimos que fuera Richard quien te hiciera la entrevista.»

Anoté la conversación en el dorso de mi programa de promoción del libro, por si acaso el editor me preguntaba qué tal había ido en Baltimore. No tenía ni idea de que veinticinco años más tarde Oprah Winfrey sería una supernova en nuestro firmamento y que yo dedicaría cuatro años a escribir «esa clase de libro» sobre ella.

Durante las tres últimas décadas, me he dedicado a escribir biografías de iconos vivos, sin su cooperación y con independencia de su control. Estas personas no son simples famosos, sino titanes de la sociedad que han dejado su huella en nuestra cultura. En cada biografía, el reto ha sido responder a la cuestión que planteó John F. Kennedy cuando dijo: «Lo que hace que el perio-

dismo sea tan fascinante y el género biográfico tan interesante es el esfuerzo por responder a la pregunta: “¿Cómo es?”». Al escribir sobre personajes contemporáneos, he descubierto que una biografía no autorizada evita las verdades destrozadas por la historia revisionista que es, precisamente, el escollo con que se encuentran las biografías autorizadas. En el caso de las biografías no autorizadas, el biógrafo, sin tener que seguir los dictados del sujeto, tiene una oportunidad mucho mejor que el biógrafo autorizado de penetrar en la imagen pública fabricada, algo que es crucial para una biografía. Porque, citando de nuevo al presidente Kennedy, «El gran enemigo de la verdad no suele ser la mentira —deliberada, artificiosa y deshonestá— sino el mito que es persistente, persuasivo y poco realista».

Sin embargo, nunca me he sentido del todo cómoda con la expresión «no autorizada», probablemente porque suena un poco malvado, casi como si se tratara de un allanamiento de morada. Reconozcámoslo, la biografía es, por su propia naturaleza, la invasión de una vida; un examen íntimo por parte del biógrafo, que trata de penetrar hasta la médula para explorar en lo desconocido y revelar lo oculto. Pese a mi incomodidad con el término, comprendo por qué la biografía no autorizada suele provocar el enfado de los protagonistas biografiados, porque la biografía no autorizada es una presentación independiente de su vida, sin consideración a sus exigencias y decretos. No es una biografía hecha de rodillas. No se inclina ante la fama ni hace reverencias a la celebridad, y las poderosas figuras públicas, acostumbradas a la deferencia, se resisten, naturalmente, al escrutinio que exige una biografía así. Oprah Winfrey no ha sido una excepción.

Al principio, parecía bien dispuesta cuando, en diciembre de 2006, Crown Publishers anunció que yo iba a escribir su biografía. Preguntaron cómo había reaccionado y su publicista respondió: «Está ya enterada de lo del libro, pero no tiene previsto colaborar».

Seis meses después, Oprah le dijo a *The Daily News*, de Nueva York: «No coopero en el libro, pero si ella quiere escribirlo, pues estupendo. Estamos en los Estados Unidos. Ni lo aliento ni dejo de alentarlo. —Luego, con un guiño, añadió—: Y ya sabéis que sé cómo dar aliento».

Para abril del 2008, Oprah había cambiado de actitud. En una transmisión por Internet, con Eckhart Tolle, autor de *A New Earth*, afirmó: «Vivo en un mundo en el que constantemente se escriben cosas que no son verdad. Ahora hay alguien trabajando en una biografía mía, no autorizada. Así que sé que habrá muchas cosas allí que no son verdad».

Inmediatamente escribí a Oprah diciéndole que la verdad era tan importante para mí como lo era para ella. Repetí mis intenciones de ser justa, hon-

rada y exacta, y de nuevo le pedí una entrevista. Ya le había escrito antes; primero como cuestión de cortesía, para decirle que estaba trabajando en el libro y que esperaba presentar su vida con empatía y percepción. Luego le escribí varias veces más, pidiéndole una entrevista, pero no recibí respuesta. No debería haberme sorprendido, dado que la misma Oprah había escrito su autobiografía unos años antes, pero la había retirado antes de que se publicara, porque le parecía que revelaba demasiado. Con todo, seguí probando; pero después de varias cartas más sin ninguna respuesta, recordé lo que John Updike dijo cuando el gran jugador de béisbol Ted Williams usó con él la táctica del cerrojo: «Los dioses no contestan a las cartas».

Cuando estaba a mitad de mi investigación, recibí, finalmente, una llamada de Lisa Halliday, la publicista de Oprah, que me dijo: «La señora Winfrey me ha pedido que le diga que declina que la entreviste».

Para entonces yo ya había averiguado, por los reporteros de Chicago, que Oprah había dejado de conceder entrevistas y que no respondía directamente a la prensa sino que lo hacía a través de sus publicistas. Si los periodistas insistían, como hizo Cheryl Reed cuando redactaba el editorial de *Chicago Sun-Times*, los publicistas de Oprah le proporcionaban una lista de preguntas preparadas y respuestas enlatadas. «[A Oprah] siempre le preguntan lo mismo —le dijo la publicista a la señora Reed—. [Así] es como la señora Winfrey prefiere contestar.»

Le dije a la señora Halliday que necesitaba ser exacta en lo que escribía y le pregunté si la señora Winfrey querría comprobar los datos. La señora Halliday respondió: «Si tiene preguntas sobre algún dato, puede acudir a mí».

Así que lo intenté, pero cada vez que llamaba a Harpo, la señora Halliday no estaba disponible. Al final, fue la propia Oprah quien resultó ser una gran fuente de información.

En lugar de hablar con ella directamente o tener que fiarme de recuerdos fragmentados, decidí recoger todas las entrevistas que había concedido en los últimos veinticinco años a periódicos y revistas y a la radio y la televisión, en los Estados Unidos y el Reino Unido, además de Canadá y Australia. Las archivé todas —había cientos— por nombres, fechas y temas, hasta un total de 2.732 archivos. Partiendo de este recurso, pude utilizar las propias palabras de Oprah con seguridad. Dispuesta en una red, la información extraída de estas entrevistas, sumada a los cientos de entrevistas que hice a su familia, amigos, compañeros de escuela y de trabajo, proporcionaba un perfil psicológico que no podría haber conseguido de ninguna otra manera. Reunir las entrevistas concedidas durante más de dos décadas llevó un tiempo considerable, pero una vez reunidas y catalogadas, resultaron valiosísimas para proporcionarme su

voz. A lo largo de este libro, he podido citar a Oprah con sus propias palabras, expresando lo que pensaba y sentía en respuesta a los sucesos de su vida, en el momento en que ocurrían. A veces, sus reflexiones públicas no casaban con los recuerdos privados de otros, pero incluso las verdades que disfrazaba, así como las que compartía, agrandaban las dimensiones de su fascinante imagen.

Siendo una de las mujeres más admiradas del mundo, Oprah Winfrey es adorada por millones de personas por sus grandes logros: es un modelo del éxito de los negros en una sociedad blanca, un icono afroamericano que ha roto las barreras de la discriminación para alcanzar un éxito sin paralelo. En un mundo que venera la riqueza, es idolatrada no sólo por su fortuna neta (unos 2.400 millones de dólares), sino porque ha hecho esa fortuna ella misma, sin el beneficio del matrimonio o de una herencia. En el mundo editorial se la considera una heroína por llevar la alegría de la lectura a millones de personas y enriquecer la vida de los escritores, así como la de los lectores.

Sin embargo, por mucho que la quieran, también la temen, lo cual no es inusual entre los gigantes de la sociedad. Cuando escribí sobre Frank Sinatra, hace años, me encontré con que muchos temían hablar de un hombre relacionado con el crimen organizado, por miedo a perder las piernas o incluso la vida. Con Nancy Reagan y la dinastía de los Bush era el miedo a perder el acceso a la presidencia o un puesto de trabajo federal, además de temer que les cayera encima una auditoría del IRS (Hacienda). En el caso de la monarquía británica era el miedo a perder la aprobación real o un posible título nobiliario. Ahora, escribir sobre Oprah revelaba una clase diferente de miedo.

«Tuve miedo de Oprah durante veinte años —dijo su prima hermana Jo Baldwin—. Es peligrosa... Me dijo que si alguna vez abría la boca y contaba lo que sé me demandaría hasta dejarme en cueros.»

Baldwin, pastora ordenada de Misisipí, no temía las represalias físicas, pero sí las represalias personales y profesionales que podría sufrir debido al amplio poder e inmensa riqueza de Oprah. En consecuencia, la reverendo Jo, como la llaman, se negó a hablar de su famosa prima para la versión en tapa dura de este libro, pero desde su publicación en abril 2010 ha conseguido un puesto permanente como profesora universitaria en la Universidad Estatal de Misisipí Valley y ya no cree que Oprah pueda amenazar su medio de vida. Así pues, en el verano de 2010 se ofreció a contar su historia.

Como sucede con otros muchos de la familia de Oprah, los sentimientos negativos de la reverendo Jo hacia su prima Oprah surgen del resentimiento por la manera en que la han tratado. El poder de la enorme riqueza de Oprah hace temblar a la mayoría de sus parientes. Quieren formar parte de la lujosa vida que ella les ofrece en ocasiones (sus lujosos regalos de Navidad, sus che-

ques de cumpleaños, e incluso la ropa que ya no usa), pero les escuece la manera en que los ha dejado de lado desde que se hizo famosa y saben que no los valora como familia.

«Poco después de conseguir mi doctorado, en 1985, por la Universidad de Winconsin-Milwaukee, Oprah me preguntó dónde iba a trabajar —explicó Jo Baldwin—. Le contesté que iba a solicitar un puesto en la revista *Ebony*, como correctora. Oprah dijo que no le gustaba Lois Johnson Rice (propietaria de *Ebony*) y que lo mejor sería que trabajara para ella. Y eso es lo que hice.»

»Iba a trabajar para ella durante tres años, pero me despidió, sin previo aviso, al cabo de dos años [...] Luego me enteré de que se había librado de mí porque se cansó de que yo hablara constantemente de Jesús [...] Siempre que pasaba algo importante, le leía versículos y pasajes de la Biblia, para que no perdiera el contacto con la realidad, pero Oprah prefería las enseñanzas de Shirley MacLaine en libros como *Dancing in the Light* (Bailando bajo la luz) y *Out on a Limb* (En el limbo), que Oprah me hizo leer, pero que no me parecieron nada extraordinarios.»

Jo Baldwin se distanció de Oprah cuando dejó de trabajar para ella. «Creo que quería quitarme el respeto de mi familia dando a entender que yo era una perdedora, porque ella me había despedido. También creo que Oprah me perjudicó económicamente, impidiendo que publicaran mi novela. Pero creo que, por encima de todo, Oprah quería avergonzarme por ser discípula de Jesús como diciendo: “¿Qué está haciendo Él por ti que sea tan grande?”. Oprah inflige heridas emocionales que podrían llevar a enfermedades físicas si no se curan. Mi fe me impidió caer enferma.»

Desde 1995, Oprah exige a todos sus empleados de Harpo y, más tarde, de *O, The Oprah Magazine*, que firmen acuerdos de confidencialidad, donde juran que nunca revelarán nada sobre ella, de sus negocios, de su vida personal, de sus amigos o asociados, a nadie, en ningún momento. Casi todos los que entran en sus dominios deben firmar este contrato de confidencialidad, y la perspectiva de ser procesado por incumplirlo hace que muchos, aunque no todos, guarden silencio. Sorprendentemente, averigüé que Oprah está tan asustada de la verdad sin adornos en labios de sus antiguos empleados como ellos lo están de unos posibles pleitos.

Aparte de los que están atados por los acuerdos de confidencialidad, había otros que temían hablar, sencillamente, por miedo a ofender a alguien famoso, de forma muy parecida a lo que les sucedía a los que admiraban el traje nuevo del emperador de la fábula. Esto tampoco era inusual, excepto entre los periodistas, que suelen ser tan valientes como los marines y, supuestamente, son inmunes al culto a los famosos. Si consideramos que Oprah es el patrón

oro del marketing, es comprensible que haya cierto miedo a hablar por parte de cualquiera que desee vender sus productos en su programa, incluyendo los periodistas que anhelan escribir libros que ella bendecirá. Cuando llamé a Jonathan Van Meter para preguntarle sobre el efusivo artículo de primera plana que había escrito sobre Oprah para *Vogue*, dijo: «Mira, es que no puedo hablar contigo... Sí, puede que esté asustado... Es sólo que ayudarte no me ayudaría» y a continuación reconoció, a regañadientes, que había puesto todos los «aspectos negativos» de su investigación para *Vogue* en una semblanza de Oprah que, más tarde, publicó en *The Oxford American*. «Aquí no ha tenido mucha resonancia», añadió, nervioso.

Cuando llamé a Jura Koncius, de *The Washington Post*, me dijo: «Conocí a Oprah antes de que fuera Oprah, cuando llevaba el pelo a lo afro [...] Cada año, en Navidad, enviaba una limusina para que me recogiera y me llevara a su programa en Baltimore para hablar de regalos navideños [...] Pero no quiero hablar de mis experiencias y, sobre todo no quiero que me incluyas en tu lista de agradecimientos». He tomado la debida nota, la señora Koncius.

Mi investigadora recibió una respuesta todavía más acalorada de Erin Moriarty, de CBS-TV, que compartió habitación con Oprah durante un par de meses, en Baltimore. Desde entonces, la señora Moriarty ha obsequiado a los amigos con anécdotas de Oprah de aquellos tiempos, y después de oír esos relatos en boca de otros le pedí una entrevista. Reacia a que sus palabras constaran públicamente, la señora Moriarty se mostró menos que cordial cuando se enteró de que sus historias sobre Oprah se habían difundido por todas partes.

Vi toda la fuerza del poder y la influencia de Oprah en la publicación de este libro, en abril 2010, cuando algunos de los principales medios lo boicotearon. Larry King me excluyó de su programa de entrevistas en la CNN, porque no quería ofender a Oprah. Joy Behar también me cerró la puerta, igual que Barbara Walters, que salió en *The View* para denunciar que las biografías no autorizadas, y especialmente ésta, lo único que hacen es «tratar de encontrar algo sucio». Como no había leído el libro, le envié un ejemplar, con una carta en la que expresaba mi decepción por su denuncia pública. No ha contestado. Por entonces, Barbara Walters estaba negociando con la ABC para que en 2011, cuando Oprah ya se hubiera retirado de las emisiones de televisión, el programa *The View* pudiera emitirse a las cuatro de la tarde, es decir, en la franja horaria de *The Oprah Winfrey Show*. ABC se negó a sindicar el programa de la señora Walters, lo cual, según reconoció, le hizo perder millones de dólares.

Sería imposible escribir biografías, tanto autorizadas como no autorizadas, sin la ayuda de los periodistas, y por este motivo yo he recurrido a tantos. Su trabajo es el primer borrador de la historia y sienta las bases para futuros

estudiosos e historiadores. Por ello, agradezco la generosidad que recibí, especialmente en Chicago, donde los periodistas llevan veinticinco años ocupándose de Oprah y la conocen bien. También aprecio a los que tenían demasiado miedo para ayudar, porque ese temor pone de relieve el efecto que Oprah ha tenido en muchos de los medios.

A lo largo de los años, la mujer que parece tan cálida y acogedora en televisión se ha ido volviendo cada vez más recelosa y desconfiada de los que la rodean y, a juzgar por la investigación que he hecho para este libro, no me cuesta comprender por qué dice que, a veces, se siente como un cajero automático. Cuando llamamos a su ex amante de Baltimore para solicitarle una entrevista, dijo: «Para hablar, quiero un pedazo del pastel».

Le escribí diciendo que no pago las entrevistas porque eso ensucia la información transmitida, convirtiéndola en poco fiable y sospechosa. Una transacción así destruye la confianza que el lector debe tener en el escritor y puede poner en entredicho el hecho de que la información revelada sea justa, sincera y exacta y no está coaccionada en modo alguno ni influida por el dinero. El hombre respondió por correo electrónico diciendo que, en realidad, no había pedido que le pagaran por hablar de Oprah y que nunca le habían pagado por hablar de ella en el pasado, algo que el redactor de un tabloide negaría más tarde.

Mientras escribía, recibí, también, una llamada de un abogado de Chicago, en representación de un cliente que afirmaba «tener pruebas contra Oprah» y que quería venderme la información. Sentí la suficiente curiosidad para preguntarle si su cliente, que había trabajado con ella, había firmado uno de los acuerdos de confidencialidad vinculantes de Oprah. «No —dijo el abogado—. Está libre como un pájaro.»

Su cliente pedía un millón de dólares. Una vez más, le dije que no pagaba por la información.

Cuando acabé este libro me sentía de un modo muy parecido a cuando lo empecé: llena de admiración y respeto por mi personaje y con la esperanza de que esta biografía no autorizada sea recibida con el mismo espíritu, si no por la propia la señora Winfrey, sí por aquellos que se han visto inspirados por ella, en particular las mujeres. Porque he tratado de seguir la brújula fiel de las palabras mencionadas antes del presidente Kennedy y he intentado adentrarme en el mito con el objetivo de contestar a la eterna pregunta: «¿Cómo es *realmente*?». En el proceso he descubierto a una mujer extraordinaria, enormemente complicada y contradictoria. A veces, generosa, magnánima y profundamente afectuosa. A veces, mezquina, de miras estrechas y egocéntrica. Ha hecho muchísimo bien, sin duda, pero también ha respaldado productos e

ideas que no sólo son polémicos sino que muchos consideran nocivos. Hay un lado cálido en Oprah y otro que podríamos llamar frío como el hielo. Oprah no es una primera dama, un cargo elegido, ni siquiera una estrella de cine, pero es un personaje estadounidense único que ha dejado una huella indeleble en la sociedad, mientras trataba de cambiarla. Ha hecho realidad el sueño americano... para ella y para muchos.

KITTY KELLEY
Marzo de 2010



«La libertad de expresión no sólo está viva
—gritó—. Además, está que se sale.»

OPRAH WINFREY,
(26 de febrero de 1998)

I

Oprah Winfrey voló a Chicago desde Baltimore en diciembre de 1983, en unos momentos en que una peligrosa ola de frío sumía a la Ciudad del Viento a temperaturas de -30 °C.

Había ido a presentar un programa diurno, local, de entrevistas, y el 2 de enero de 1984 introdujo sus 106 kilos en la ciudad marchando, resuelta, en su propio desfile, organizado por WLS-TV. Llevaba uno de sus cinco abrigos de pieles, el pelo con una permanente Jheri y lo que ella llamaba sus «pendientes mamá grande». Saludaba a la gente a lo largo de State Street, gritando: «Hola, soy Oprah Winfrey. Soy la nueva presentadora de *A. M. Chicago... Miss Negra* en el aire».

Era un gran carnaval formado por una sola mujer, lleno de *guaus*, *yupis* y aleluyas. «Pensé que en WLS estaban locos cuando me enteré de que habían contratado a una mujer afroamericana para presentar su programa matutino dirigido a las amas de casa blancas, de los barrios residenciales, en la ciudad más dividida racialmente de los Estados Unidos —dijo Bill Zwecker, del *Chicago Sun-Times*—. Por suerte, me equivoqué».

Chicago iba a vivir un viaje de locura. Durante la primera semana de Oprah, su programa matinal y local derrotó de forma aplastante al programa de difusión nacional *Donahue* en los índices de audiencia y, antes de que pasara un año, Phil Donahue, rey de los programas de entrevistas en televisión, hacía las maletas y se marchaba a Nueva York. Oprah continuó derrotándolo en los índices y, después de forzarlo a cambiar de escenario, a continuación lo obligó a cambiar de espacio horario, a fin de no competir con ella. Para entonces estaba a punto de alcanzar la difusión nacional, después de recibir una prima de fichaje de un millón de dólares cuando *The Oprah Winfrey Show* se vendía en 138 mercados. Durante ese primer año llegó a ser una sensación tal que apareció en *The Tonight Show*, ganó dos Emmy locales y estaba a punto de hacer su debut cinematográfico en *El color púrpura*. Su «descubrimiento» para el papel de Sofía en esa cinta le ganó muchos partidarios entre los entusiastas de la historia de la Cenicienta y más tarde la recompensaría con el premio del Globo de Oro y la nominación al Óscar como mejor actriz de reparto.

—Era igual que Lana Turner, en la cafetería, tomándose un refresco, sólo que de un color diferente —bromeó Oprah, al contar la historia de cómo Quincy Jones, que estaba en Chicago por negocios, la vio en televisión una mañana y llamó a Steven Spielberg para decirle que había encontrado a la persona perfecta para hacer de Sofía.

—Es perfecta —dijo Jones—. Gorda y peleona. Muy peleona.

Oprah pasó el verano de 1985 rodando la película, un tiempo que luego recordaría como el más feliz de su vida. «*El color púrpura* fue la primera vez que recuerdo estar con una familia de personas que me hacía sentir querida de verdad..., donde la gente ve genuinamente tu alma y ama tu alma, y te quieren por quien eres y por lo que puedes dar».

Para entonces, estaba en la cúspide de la clase de éxito que siempre había soñado conseguir. «Me destinaron a grandes cosas —dijo—. Soy Diana Ross y Tina Turner y Maya Angelou.» Desbordando confianza, le dijo a Steven Spielberg que debía poner su nombre en las marquesinas de los cines y su cara en los carteles de la película. «Probablemente soy la persona más popular de Chicago», afirmó. Cuando Spielberg puso reparos, diciendo que eso no estaba en el contrato, lo regañó diciéndole que cometía un enorme error. «Espera. Ya verás. Voy a pasar a nacional. Voy a ser algo inmenso».

Spielberg no cambió de opinión y Oprah no lo olvidó. Cuando llegó a ser tan «inmensa» como había pronosticado, él se convirtió en una de las malas hierbas de su jardín de agravios. Trece años más tarde, en 1998, en una entrevista concedida a *Vogue* contó su conversación: «“Voy a estar en televisión y la gente va a..., bueno, conocerme.” Y Steven dijo: “¿Ah, sí?”. Y yo le dije “A lo mejor quieres poner mi nombre en el cartel de la película”. Y él dijo: “No, no puedo hacer eso...”. Y yo insisto: “Es que creo que voy a ser famosa”. Y todo junto es mi favorito “Ya-te-lo-dije, Steven, ¡deberías haber puesto mi nombre en aquel cartel!”».

Una semana antes del estreno, Oprah decidió hacer un programa sobre la violación, el incesto y los abusos sexuales. Cuando la dirección le puso obstáculos, les dijo que unos días después iban a verla en la pantalla grande, en una película sobre el tema, así que por qué no investigarlo primero para el público local. La emisora aceptó, al principio a regañadientes, y luego puso anuncios pidiendo voluntarias para hablar por televisión sobre los abusos sexuales a los que habían sido sometidas.

Este programa en particular se convirtió en el sello distintivo de Oprah —una víctima que vence a la adversidad— y en el principio del fenómeno Oprah Winfrey. Nadie lo comprendió en aquel momento, pero el espacio le dio importancia nacional y acabó convirtiéndola en defensora de las víctimas

de abusos sexuales. En ese programa, inició un nuevo tipo de televisión que sumiría a los telespectadores en dos décadas de altibajos, llevándolos desde los barrizales a las estrellas. Entretanto, llegó a ser la primera mujer negra multimillonaria del mundo y un icono cultural cercano a la santidad.

«Soy el instrumento de Dios —ha dicho Oprah en diversas ocasiones—. Soy su mensajera... Mi programa es mi ministerio.»

El programa sobre los abusos sexuales fue promocionado durante los días previos a su emisión, para atraer a un público interesado en «victimas de incesto». Excepto su reducido personal, nadie sabía qué tenía intención de hacer, salvo presentar un tema excitante, lo cual había estado haciendo desde que empezó en WLS. Nadie tenía ni idea de que Oprah estaba a punto de desdibujar la vieja línea marcada en la televisión entre debate y confesión, entre la entrevista y la autorevelación; entre la objetividad y una confusa zona de fantasía y manipulación de los hechos.

El jueves 5 de diciembre de 1985, Oprah empezó su programa de las 9 de la mañana presentando a una joven blanca a la que identificó sólo como Laurie:

—Una de cada tres mujeres de este país han sido objeto de acoso o abusos sexuales —le dijo al público antes de volverse hacia su invitada—. Su padre empezó acariciándola. ¿Cuándo pasó a algo distinto de las caricias?

—Creo que tendría nueve o diez años —dijo Laurie.

—¿Qué pasó? ¿Recuerda la primera vez que su padre tuvo relaciones sexuales con usted? ¿Qué le dijo, cómo se lo dijo, qué le explicó?»

No se oía ni un suspiro entre el público, en su mayoría mujeres.

—Sólo me dijo que quería hacer que me sintiera bien —dijo Laurie.

—¿Dónde estaba su madre?

—Se había ido de viaje no sé dónde; estaba fuera de la ciudad. Estuvo fuera tres semanas y yo me quedé con mi padre esas tres semanas.

—Así que él entró en su habitación... y empezó a toquetearla. Debe de ser algo aterrador cuando tienes nueve años y tu padre tiene relaciones sexuales contigo.

Laurie asintió, pero no dijo nada.

—Sé que es difícil contarle..., de verdad. Sé lo difícil que es. Cuando acabó, ¿qué... o durante el acto...? Bueno, antes que nada, ¿le hizo daño?

Laurie se mostró algo avergonzada.

—Pues... Solía decirme que lo sentía y que no volvería a hacerlo. Muchas veces después de hacer algo, se arrodillaba y me hacía rezar a Dios para que no volviera a hacerlo.

Unos momentos después, Oprah se metió entre el público y plantó el micrófono delante de una mujer blanca de mediana edad, con gafas.

—Yo también sufrí abusos sexuales —dijo la mujer—. Bueno, mi vida también empezó como la de Laurie, con las caricias y... el resultado fue un niño que ahora..., que ahora tiene treinta años, pero ha pasado dieciséis de esos años en una institución del Estado debido a su autismo.

—¿Fue un miembro de su familia quien abusó de usted?

La mujer se ahogó al admitir que la había dejado embarazada su padre.

—Entonces, ¿su hijo es hijo de su padre? —preguntó Oprah.

—Sí. Pasaba con mucha frecuencia, igual que con Laurie, casi cada día cuando mi madre se iba a trabajar. Es una de las experiencias más horribles que recuerdo.

Cuando la mujer se desmoronó y mientras luchaba por recuperar el control, Oprah la rodeó con el brazo y luego rompió a llorar también ella, tapándose los ojos con la mano izquierda. Con el micro en la mano derecha, señaló hacia la cabina de control. Más tarde, dijo que quería que pararan las cámaras, pero ellos siguieron rodando, mientras ella sollozaba con la cara apoyada en el hombro de la mujer.

—Lo mismo me pasó a mí —dijo—. El hecho de que tuviera todas estas desgraciadas experiencias está presente en toda mi vida.

Durante los segundos siguientes, pareció que Oprah descubría que lo que ella había experimentado a los nueve años era realmente una violación, una profanación tan indecible que nunca había podido expresarla con palabras hasta ese mismo momento. El público sentía como si estuviera presenciando que se abrían las grietas de aquella alma cuando la misma Oprah reconoció su vergonzoso secreto. Oprah reveló que su primo de diecinueve años la violó cuando se vio forzada a compartir la cama con él en casa de su madre. «Me dijo que no lo contara. Luego me llevó al zoo y me compró un helado.» Después dijo que también había abusado de ella el novio de su prima y después su tío favorito. «Abusaron de mí desde los nueve hasta los catorce años.»

La pasmosa confesión de Oprah se convirtió en noticia nacional y muchos la aplaudieron por su sinceridad y franqueza. Pero su familia negó sus acusaciones de forma vehemente y hubo quien insinuó que trataba de conseguir publicidad para su papel en el cine, dado que nunca había hablado *con nadie* de esos abusos antes de revelarlos públicamente. «[Eso] me ofendió —dijo más tarde Oprah—. Salió algo en la revista *Parade*, una pregunta publicada no hace mucho: “¿Realmente abusaron sexualmente de Oprah o fue sólo propaganda para los Óscar?”. Pensé que, bueno, me asombra que a alguien se le pueda ocurrir que haría algo así como propaganda. Pero supongo que se ha hecho. Supongo».

Dijo que la dirección de la emisora se enfadó debido a sus «escandalosas» revelaciones e, incluso veintitrés años más tarde, Dennis Swanson, antiguo

vicepresidente y director general de WLS-TV, se negaba a hablar del asunto. Se le atribuía el mérito de haber contratado a Oprah y haberla llevado a Chicago, pero no quiso comentar su reacción ante su primer programa sobre los abusos sexuales.

En aquel entonces, Swanson y su director de promoción, Tim Bennet, estaban eufóricos por los espectaculares índices de audiencia, pero heridos por las críticas de la prensa contra su insistencia en los programas de sexo, en especial el que hicieron sobre pornografía. P. J. Bednarski, crítico televisivo del *Chicago Sun-Times*, los había vapuleado a ellos y a la «moralidad corporativa» de WLS por permitir que Oprah dedicara un programa de toda una hora al sexo duro. «Deberían avergonzarse», escribió y luego arremetió contra Oprah por invitar a tres estrellas del porno para que hablaran de los órganos, el aguante y las eyaculaciones masculinas.

En la parte más lamentable del programa se habló de lo que, en la emisión, llamaron gráficamente «toma de dinero» de unas relaciones sexuales. Esto provocó muchas carcajadas [...] Sorprendentemente, en el programa «Pregúntaselo a las estrellas del porno» no hubo ni un minuto en el cual Winfrey afirmara, preguntara o incluso se preocupara por que esas estrellas X fueran, en realidad, unas vendedoras baratas, sin talento, sórdidas traficantes de carne. Apenas se preguntó si estas películas degradaban a las mujeres. Lo que sí preguntó fue: «¿No acabáis escocidas?»

«Para alguien con el talento natural de Winfrey, fue una prueba reveladora de que tiene que madurar», escribió Bednarski, antes de añadir que el programa porno de Oprah consiguió una cuota del 30 por ciento de la audiencia de Chicago a las nueve de la mañana, un porcentaje mucho mayor de lo habitual. «También hablaron de eso en toda la ciudad y aquí obtuvo su propia columna.» El titular de la columna era: «Cuando todo está permitido: Oprah Winfrey se aprovecha del atractivo de las estrellas porno».

Oprah entendía bien el axioma de la televisión: *Quien consigue audiencia, manda*. «Mi mandato es ganar», les dijo a los periodistas. Durante las cruciales semanas de los «barridos», insistía en programas de acción y violencia, para los cuales su productora, Debra DiMaio, dirigía la caza en busca del éxito, con Oprah aportando sus propias ideas. «Me encantaría conseguir que un sacerdote viniera a hablar de sexo —afirmó—. Me gustaría mucho encontrar uno que dijera “Sí, tengo una amante. Adoro a Jesús y la adoro a ella. Sí, la quiero y se llama Carolyn”.»

En su carrera por ganar audiencia, durante el Mes de la Historia Negra, Oprah contrató a miembros del Ku Klux Klan con sus sábanas y sus capirotos

blancos. También hizo un programa en el que presentaba a miembros de una colonia nudista que permanecieron en escena desnudos. Por televisión, sólo se emitieron sus caras, pero el público del estudio disfrutaba de una visión frontal completa, así que la dirección insistió en que el programa se grabara. «Esto nos permitirá asegurarnos de que no aparezca nada que se suponga que no debe verse por televisión», dijo Debra DiMaio.

La dirección también ordenó que convocaran a todos los miembros del público que iban a asistir al programa sobre nudismo y se les recordara que los invitados estarían desnudos. «Nadie se retiró, asqueado —dijo DiMaio—. Por el contrario, estaban entusiasmados. Quiero decir que les parecía muy divertido.»

Oprah reconoció que, durante el programa nudista, estaba nerviosa. «Me enorgullezco de ser sincera de verdad, pero en aquel programa estaba fingiendo. Tenía que actuar como si fuera algo absolutamente normal estar entrevistando a un puñado de personas desnudas y no mirar. Tenía ganas de mirar a la cámara y decir: “¡Dios mío! ¡Aquí hay penes!”. Pero no podía. Y eso me hacía estar muy nerviosa.»

Cuando les dijo a sus jefes que quería hacer «Mujeres con trastornos sexuales», y entrevistar a una mujer que no había tenido ni un orgasmo durante los dieciocho años de matrimonio, y luego al sustituto sexual que le daba lecciones de orgasmos, y después a una joven tan adicta al sexo que una noche se había acostado con veinticinco hombres, el director de programas palideció.

«La dirección no quiere problemas, pero quiere audiencia —dijo Oprah—. Les dije que me portaría bien, y lo hice. No entienden lo que sienten las mujeres y yo sí. Los hombres piensan, por ejemplo, que si haces un programa sobre la mastectomía, no puedes enseñar un pecho. Yo digo que tienes que enseñarlo.»

El día después del programa sobre trastornos sexuales, la centralita de WLS se vio inundada de llamadas de espectadores iracundos, así que Oprah pidió a su productora que acudiera al estudio e invitó al público presente a que hiciera sus comentarios.

«El programa de ayer fue un ultraje —dijo una mujer—. No sé de qué otra forma describirlo. Absolutamente degradante.»

«Hay millones de mujeres que nunca experimentan placer sexual —respondió Oprah—. Ayer, después del programa, recibimos 33 llamadas de mujeres, por ordenador. Hemos hecho que muchísimas mujeres sientan que no están solas.»

«Con tantos temas de calidad, ¿por qué ir a revolver en la basura?»

DiMaio sorteó la pregunta. «Lo que puede ser basura para una persona quizá no lo sea para otra. Nos sentimos bien con los programas en los cuales hablamos de problemas, tanto si se trata de incesto, agorafobia o no tener orgasmos.»

Oprah intervino. «Me molesta que nos acusen de que somos sensaciona- listas y explotamos estas situaciones. No es así. Somos un grupo de personas que se preocupan —Breve pausa—. A veces nos equivocamos.»

Es posible que Oprah se refiriera a uno de sus programas anteriores, titula- do «¿El tamaño sexual importa?». Mientras hablaban del tamaño del pene, soltó: «Si se pudiera elegir, nos gustaría tener uno grande, si pudiera ser. ¡Métele uno grande a mamá!». Casi se podía oír la ahogada exclamación colectiva de los 2,95 millones de hogares con televisores del mercado de Chicago. Cuando los medios locales consiguieron volver en sí, la mayoría farfullaba de indignación. P. J. Bed- narski dijo que Oprah había «superado los límites del buen gusto», pero Alan G. Artner escribió en el *Chicago Tribune* que Oprah simplemente había sido natu- ral, del modo en que muchas personas lo son cuando «su concentración en sí mismas les lleva, ciegame y sin malicia, a hacer el payaso».

Más tarde, Oprah prometió a los periodistas que cuando hiciera un pro- grama nacional, no diría la palabra ‘pene’, sin avisar antes al público. «Ahora puedo decir ‘pene’ siempre que quiera. ¿Lo veis? Acabo de decirlo —excla- mó—. Pene, pene, pene.»

Para entonces, los periodistas bailaban al son que ella tocaba. Les encan- taban sus textos pintorescos y no podían conjurar adjetivos lo bastante rápida- mente para describirla. «Grandiosa, descarada, chillona, agresiva, desbordante, risible, encantadora, enternecedora, mezquina, práctica, cruda y ansiosa», escribió Howard Rosenberg, crítico de televisión de *Los Angeles Times*. Otro crítico confesó: «No me importa si abarca mucho y no aprieta nada; es irresis- tible». Y el *The Philadelphia Inquirer Magazine* dijo que su programa era el *National Enquirer* de las ondas. «Lleva el mínimo común denominador a nuevas e inferiores profundidades. Es una mezcla superficial de sordidez, bichos raros, patetismo, chabacanería, exageración, bombo, abrazos, chillidos, sentimentalismo, modas y guasa, todo ello marinado en lágrimas.»

Su atrevido brebaje embriagaba al público. Mientras grababa entradas para el siguiente programa, se suponía que tenía que leer: «Martes en *A. M. Chicago*: Parejas que sufren por la impotencia». Después de equivocarse dos veces, anunció: «La semana que viene en *A. M. Chicago*: *Parejas que no consi- guen que se le levante*».

Hablando de una nueva dieta, se volvió hacia el público y afirmó: «Ah, sí. Ésa es la que hace que cuando vas de vientre hueela mejor».

Durante el programa sobre la impotencia, un hombre solemne de mediana edad dijo que después de su operación de cirugía correctiva se le hincharon los testículos hasta el tamaño de pelotas de baloncesto. «Un momento —exclamó Oprah—. ¿Cómo se puede andar con unos testículos como pelotas de baloncesto?»

En otro programa entrevistaba a una mujer que afirmaba que había sido seducida por siete sacerdotes. «¿Qué hizo cuando el sacerdote se bajó los pantalones?»

«Nada —respondió la mujer—. Pero entonces me cogió la mano.» Oprah puso los ojos en blanco y el público estalló en carcajadas. Les encantaban su irreverencia, sus comentarios inapropiados y sus escandalosas preguntas.

«¿Por qué se convirtió en lesbiana?», le preguntó a una mujer.

En otro programa, un sociólogo explicó que tener una compañera de habitación podía llevar a tener una relación lésbica y Oprah anunció enfáticamente: «Entonces nunca compartiré habitación con nadie».

Durante la entrevista con el responsable de la prevención de robos de unos grandes almacenes, le preguntó: «¿Qué pasa cuando pilla a alguien robando? ¿Llegan a perder el control corporal? Quiero decir, ¿se vienen abajo y se orinan encima?».

No se salvaban ni siquiera las celebridades. A Brooke Shields le preguntó: «¿De verdad eres una buena chica?» A Sally Field la interrogó sobre si Burt Reynolds se acostaba con el peluquín puesto. Arremetió contra Calvin Klein por sus anuncios: «Odio esos anuncios de vaqueros. En esos anuncios, todas tienen unos culitos diminutos» A Dudley Moore le preguntó cómo se las arreglaba un hombre tan bajito como él para acostarse con mujeres tan altas. «Por suerte —dijo el actor—, la mayor parte de la longitud extra parece estar en las piernas.» La verdad es que parecía obsesionada por los hombres bajos en la cama. Mientras hablaba de una aparición de Christie Brinkley, que estaba a punto de casarse con Billy Joel, Oprah dijo a sus productores: «¿A quién le importa realmente su carrera como actriz? Quiero saber cómo es su relación con Billy Joel... [y] qué tal es hacer el amor con un tipo bajito. Billy Joel es muy bajo, ¿no?»

Oprah se hizo tan popular que WLS amplió el programa de la mañana hasta una hora y le cambió el nombre en su honor. También le dieron un tema musical titulado *Everybody Loves Oprah* (Todo el mundo quiere a Oprah), que decía: «Es moderna, está en la onda, tiene estilo de verdad».

Dennis Swanson intentó capitalizar su popularidad poniéndola en los noticiarios. «Quería experimentar con ella como comentarista porque su programa tenía tanto éxito —dijo Ed Kosowski, ex productor de WLS—. Presen-

tó las noticias de las cuatro de la tarde durante una semana. No funcionó. Era un riesgo para la emisora y una apuesta difícil para Oprah. Swanson la sacó de inmediato. No tenía aplomo periodístico. Ni una pizca de autoridad. Es genial en esas cosas de chicas, pero no sabe dar las noticias.»

Sin amilanarse, Swanson envió a su presentadora de programas de entrevistas, a quien pagaban 200.000 dólares al año, a Etiopía, con los comentaristas Mary Ann Childers y Dick Johnson para informar del proyecto de Chicago de enviar cereales a la nación africana que estaba padeciendo una terrible hambruna. Una semana antes de ir, Oprah empezó una dieta televisada en Channel 7, para perder 23 kilos, después de hacer una apuesta pública con la actriz Joan Rivers en *The Tonight Show*. A P. J. Bednarski, que comentó la imagen de una corresponsal sobrealimentada entrevistando a víctimas del hambre, le pareció que era un momento poco acertado. «¿No es un problema enviar a una personalidad que confiesa una adoración tal por la comida a un país donde hay tan poca?», preguntó.

Oprah estuvo de acuerdo. «Tienes razón; es de muy mal gusto, ¿verdad?»

Durante unos días después de la emisión del programa sobre abusos sexuales, Oprah trató de aplacar a la dirección no hablando de violaciones ni incesto. Pero cuando vio los índices de audiencia del programa, las cartas que llegaban sin cesar, las llamadas a la centralita de WLS y las reacciones de las mujeres de la calle, supo que había dado voz a una tortura tabú que muchas mujeres sufrían. Había encontrado un problema que despertaba eco en su público mayoritariamente femenino, así que insistió en hacer más programas sobre abusos sexuales. Entretanto, alentó una imagen de sí misma como antihombres, porque muchos de sus programas presentaban a los hombres como cerdos. No obstante, se convirtió en heroína para las mujeres y en defensora de los niños.

Con aquel programa y su confesión de lo que había sufrido de niña, Oprah se convirtió en algo más que la presentadora de un programa de entrevistas que entretenía enarbolando la crudeza de la calle. En tanto que alguien que había sufrido, sobrevivido y compartido su dolor, se transformó en una inspiración para las víctimas que se sentían derrotadas por la adversidad.

No era la primera que expresaba el sórdido envilecimiento del abuso infantil. La habían precedido escritoras como Maya Angelou (*Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado*), Toni Morrison (*Ojos azules*), y Alice Walker (*El color púrpura*), pero Oprah contaba con el potente megáfono de la televisión

y lo usaba para llegar a las mujeres encadenadas por la vergüenza de lo que les habían hecho de niñas. «Lo que creo es que los abusos sexuales de niños son más corrientes que raros en este país —dijo en 1986—. Mete a cinco mujeres en una habitación y habrá tres que lo reconocerán.» Su propia confesión, más sus siguientes programas en los que analizaba la devastación que producen los abusos sexuales, llegaron a ser la fuerza más poderosa de la sociedad para ayudar a las mujeres a empezar a sanar y recuperar su vida.

- «Víctimas de incesto», 5/12/1985.
- «Asesino en serie, John Wayne Gacy», 11/02/1986.
- «Hombres que violan y trato a los violadores», 23/09/1986.
- «Abusos sexuales dentro de la familia», 10/11/1986.
- «Muerte de Lisa Steinberg», 2/1987.
- «Hombres que han sido violados», 11/1987.
- «Padres con hijos maltratados por cuidadores», 1988.
- «Mujeres que han tenido hijos de sus propios padres», 1988.
- «Quiero que mis hijos maltratados vuelvan», 1988.
- «Violación y víctimas de violación», 7/11/1988.
- «En busca de niños desaparecidos», 14/08/1989.
- «Violadores», 23/08/1989.
- «Abusos por parte de clérigos», 14/09/1989.
- «“Ella se lo buscó...”: La decisión de violar», 17/10/1989.
- «Violación en una cita», 7/12/1989.
- «Truddi Chase, víctima de un síndrome de personalidad múltiple, habla de cómo abusaron de ella», 10/08/1990.
- «Cómo protegerse de que te rapte un violador», 1991.
- «Niños víctimas de delitos», 13/03/1991.
- «Enseñar a los niños a protegerse», 1993.
- «Madres que mataron a sus hijos entrevistadas en prisión», 1993
- «Efectos del programa de entrevistas en la sociedad, incluyendo la defensa contra abusos», 22/02/1994.
- «Violencia en las citas adolescentes», 12/08/1994.
- «Violaron a mi mujer», 10/10/1994.
- «Casada con un acosador», 23/05/1995.
- «Niños y armas (1.ª parte)», 30/10/1995.
- «Niños y armas (2.ª parte)», 30/10/1995.
- «Violencia doméstica a través de los ojos de un niño», 18/03/1996.
- «Pedófilos», 31/05/1996.
- «Mujeres sometidas a abusos sexuales durante el embarazo». 12/06/1996.

- «Seguimiento del programa de 1991 sobre cómo protegerse de un violador, 1998.
- «Protégete para que no te violen», 3/02/1999.
- «¿Lo sabrías si estuvieran abusando sexualmente de tu hijo?», 25/03/1999.
- «Citas adolescentes con abusos», 16/04/1999.
- «El marido con 24 personalidades», 17/06/1999.
- «Pedófilos de las ligas menores», 24/09/1999.
- «Los niños online: lo que los padres deben saber», 1/10/1999.
- «Niños torturados», 3/04/2000.
- «¿Se les debe permitir a las mujeres que abandonen a sus hijos?», 19/04/2000.
- «Seguimiento de niños torturados», 4/05/2000.
- «¿Por qué esos asesinos de niños están fuera de la cárcel?», 20/12/2000.
- «Un niño llamado ‘Eso’», 30/01/2002.
- «Acosadores de niños *online*», 7/02/2002.
- «Lo que debes saber sobre la violación», 15/02/2002.
- «Abusos en citas de adolescentes», 28/02/2002.
- «Escándalos sexuales en la Iglesia Católica», 28/03/2002.
- «El mundo secreto de los abusos deshonestos a los niños», 26/04/2002.
- «Madres que pierden el control», 21/10/2002.
- «Raptos: niños que escaparon», 9/12/2002.
- «¿Hay alguien en tu barrio que abusa de los niños?», 25/02/2003.
- «Oprah va a casa de Elizabeth Smart», 27/10/2003.
- «Hacer frente a los secretos de familia», 12/11/2003.
- «En prisión por practicar el sexo con adolescentes», 26/02/2004.
- «Raptado y mantenido cautivo», 5/05/2004.
- «Atrocidades contra niños», 15/07/2004.
- «Este programa podría cambiarte la vida. Cómo disuadir a un violador», 28/09/2004.
- «Disparé contra el que abusaba de mí», 1/10/2004.
- «Mujeres sometidas a abusos sexuales se dan a conocer», 21/10/2004.
- «El día en que descubrí que mi marido abusaba de niños», 11/05/2005.
- «Un sacerdote abusó de mí», 13/06/2005.
- «Cuando una madre piensa en secreto en matar a sus hijos», 11/07/2005.
- «Cuando el hombre al que amas es un pedófilo», 2/08/2005.
- «Capturada por un pedófilo. La tragedia de Shasta Groene», 4/10/2005.
- «El programa de Oprah atrapa a pederastas acusados», 11/10/2005.
- «Oprah entrega otra recompensa de 100.000 dólares por la captura de un pederasta», 27/10/2005.

- «La última captura de Oprah: de director de una escuela de niños a ser el pedófilo más buscado», 17/01/2006.
- «La última captura de Oprah: oculto en México, entregado por un amigo», 7/03/2006.
- «Acabar con el ciclo de violencia», 19/04/2006.
- «La epidemia de violaciones infantiles: Oprah entrevista individualmente a las víctimas más jóvenes», 20/04/2006.
- «Maestras, chicos jóvenes, sexo secreto en la escuela», 27/04/2006.
- «El desesperado secreto de Teri Hatcher: La estrella de *Mujeres desesperadas* sufrió abusos sexuales de niña», 2/05/2006.
- «Ricky Martin habla de los niños vendidos como esclavos sexuales», 16/06/2006.
- «Lo que los pedófilos no quieren que sepamos», 28/09/2006.
- «Por qué Jessica Coleman, de quince años, mató a su bebé», 3/11/2006.
- «Papá mata a los mellizos. La verdad sobre la depresión», 14/11/2006.
- «Milagro en Misuri: Primera entrevista a la familia de Shawn Hornbeck», 18/01/2007.
- «El niño que Oprah no podía olvidar. Esclavitud infantil en Ghana», 9/02/2007.
- «Secuestrada de niña. Por qué no eché a correr», 21/02/2007.
- «Reina de belleza violada por su marido», 7/11/2007.
- «La pesadilla de una madre de las afueras captada en cinta», 8 y 23/05/2008.
- «Depredadores en Internet: ¿Cómo es de grave?», 11/09/2008.
- «Seducida con trece años. Mantenido cautiva como esclava sexual», 15/04/2009.
- «Liberada de prisión después de matar a su padre», 7/05/2009.
- «Las asombrosas revelaciones del antiguo niño-actor Mackenzie Phillips», 23/09/2009.
- «Mackenzie y Chynna Phillips», 25/09/2009.
- «Haciendo añicos el secreto del incesto: Mackenzie Phillips (Continuación)», 16/10/2009

Algunos miembros de la familia de Oprah, que negaron su historia de abusos sexuales, la acusaron de presentar programas sensacionalistas para lograr altos índices de audiencia. Ella contraatacó diciendo que su negativa a aceptar su historia evidenciaba una actitud de negación, la incapacidad para enfrentarse a su propia complicidad en aquel asunto y cuán profunda es la vergüenza que todas las familias sufren a causa de los abusos sexuales.